

# LA EDUCACIÓN: REFLEXIONES SOBRE EL IMAGINARIO QUE PESA SOBRE EL PROFESORADO Y SU LABOR ACTUAL

Edson Javier Aguilera Zertuche y Myriam Gabriela Aguilera Zertuche

\*Doctor en Ciencias Sociales. Docente de la Escuela Secundaria mixta núm. 88. [eaguilerazertuche@gmail.com](mailto:eaguilerazertuche@gmail.com)

\*\*Maestra en Administración. Docente de la Universidad Autónoma de Baja California. [Myriam.aguilera@uabc.edu.mx](mailto:Myriam.aguilera@uabc.edu.mx)

Recibido: 20 de mayo 2024.

Aceptado: 12 de junio 2024.

## Resumen

El presente texto aborda dos reflexiones sobre el papel del magisterio en la sociedad actual. Primeramente indagamos el romántico imaginario sobre el magisterio como una vocación social y abnegada de nuestro país; a la vez que preguntamos cuál es el origen de este pesado imaginario. El magisterio como forma de vida no es fácil, implica una exigencia constante por cumplir con un imaginario romántico y muy pesado sobre lo que “debe ser” un profesor. En el texto consideramos las diversas cargas puestas en los hombros del magisterio con la excusa de la vocación.

En segundo lugar desarrollamos una pequeña reflexión sobre el papel del profesor en un mundo tecnocrático, altamente politizado

y burocratizado, desde la perspectiva de Henry Giroux. Si el profesor es concebido por las instituciones como un simple empleado que baja al alumnado ciertas directrices y el cual tiene que cumplir ciertos requisitos sin que su opinión tenga peso en su propia práctica educativa, o si por el contrario su opinión como profesionalista y muchas también como investigador educativo tiene injerencia. Real y no simulada en las políticas, leyes, normas ya cuerdos educativos. Para mí, ambas reflexiones son complementarias pues abordan dos cuestiones centrales sobre la educación.

Palabras clave: Magisterio, Imaginario, Vocación, Profesorado, Porfiriato, Educación.

#### Abstract

This text addresses two reflections on the role of teaching in today's society. First, we investigate the romantic imagery of teaching as a social and selfless vocation in our country; at the same time, we ask what the origin of this heavy imagery is. Teaching as a way of life is not easy, it implies a constant demand to comply with a romantic and very heavy imagery of what a teacher "should be." In the text we consider the various burdens placed on the shoulders of teachers under the excuse of vocation.

Secondly, we develop a brief reflection on the role of teachers in a technocratic, highly politicized and bureaucratized world, from the perspective of Henry Giroux. If the teacher is conceived by institutions as a simple employee who gives students certain guidelines and who has to meet certain requirements without his opinion having any weight in his own educational practice, or if on the contrary his opinion as a professional and many also as an educational researcher has influence. Real and not simulated in educational policies, laws, regulations and agreements. For me, both reflections are complementary because they address two central questions about education.

Keywords: Teaching, Imaginary, Vocation, Teaching Staff, Porfiriato, Education.

¿Realmente el magisterio es una forma de vida?, ¿qué significa que sea una forma de vida?, ¿qué implica si efectivamente lo es? Antes que “aprovechar” el espacio para ser complaciente y escribir algo que todos aprueben, es más honesto abordar un tema que quizá no sea agradable, pero sin duda es importante. El magisterio como forma de vida no es fácil, implica una exigencia constante por cumplir con un imaginario romántico y muy pesado sobre lo que “debe ser” un profesor. De dónde viene ese imaginario que constriñe y como señuelo; nos hace aceptar actividades que van más allá del cumplimiento del deber. Recordé un texto de Mílada Bazant sobre la educación en el porfiriato y rescaté algunos pasajes interesantes que no pretenden ser un análisis exhaustivo de su obra, sino un recordatorio, y quizá un descubrimiento para muchos, de que la situación del magisterio en algunos rubros ha cambiado poco del porfiriato a nuestros días. Se han logrados muchas cosas, sin embargo problemas estructurales que persisten desde entonces no se pueden solucionar cambiando letras en los textos.

A su vez intento una pequeña reflexión sobre el papel del profesor en un mundo tecnocrático, altamente politizado y burocratizado, desde la perspectiva de Henry Giroux. Para mí, ambas reflexiones son complementarias pues abordan dos cuestiones centrales sobre la educación. Primero, cómo hemos llegado a configurar la idealización del profesorado de un modo tan absurdo pero tan instalado en la mentalidad mexicana; y segundo, cuál debería ser entonces el giro para que el educador pueda realmente contribuir a la mejora social más allá de lo que ya logra pasando penurias de todo tipo.

Se necesita partir de un reconocimiento de la realidad. Cuestiono ese imaginario de la labor docente como altruista, desinteresada, que se debe llevar a cabo en todo tipo de condiciones con una abnegación de santo, hay que partir de una idea del magisterio como forma de vida, tal como es vivida por los profesores, no como queja, pero tampoco como adulación. De dónde viene esa imagen del profesor como un héroe social, cuáles son los hechos e ideas que conformaron en las sociedades y en las instituciones mismas un deber ser tan exigente y tan desajustado a realidad. El lector disculpará la técnica burda de citación, ya que contrario al canon he decidido no hacer comentarios de texto

antes o después de cada cita, sino que las he colocado para que quien lea enlace la cita del texto de Bazant con el tópico que se está tratando.

Las personas se hacen profesionistas con la expectativa de obtener buenos dividendos monetarios y hacer algo que va de acuerdo a su naturaleza. La sociedad y las instituciones ven a la docencia como si se tratase de vocación heroica y sufrida. Dispuestos a cambios, adaptaciones, y a trabajar en las condiciones que sean. Se apela una y otra vez a la vocación y compromiso social del docente para sacar adelante situaciones que no dependen en absoluto de su desempeño y que no son provocadas por él. Santibañez (2002) afirma que en términos de ingreso absoluto anual los docentes en México tienen ingresos limitados, no sólo en comparación con otros profesionistas, sino incluso en comparación con técnicos. Frente a la labor docente hay una serie de ideas que la sociedad y las instituciones exigen del docente.

¿No convendría más que el mismo magisterio piense que antes que forma de vida, su actividad sea un modo de subsistencia y progreso económico rentable como toda otra ocupación?, ¿suponiendo que el magisterio es una forma de vida *per se*, es una forma de vida equilibrada en satisfacciones y bienestar material, físico y mental respecto a su exigencia, condiciones y responsabilidad?

Con la creación en 1885, de la primera Normal en la capital, le siguieron prácticamente todos los estados y ninguna profesión fue más popular ni más aplaudida que la de maestro. Este grupo profesional tomó su trabajo como misión y gracias a ellos sobrevivió varios años. Sin embargo, debido a su baja retribución y a las deplorables condiciones laborales empezaron a legitimar sus intereses y hacía fines del régimen formaron un grupo homogéneo de protesta (Bazant, 2006: 18).

Primero habría que descartar la respuesta falsa; que la labor docente se hace por amor a la enseñanza, al país y que entonces quien sienta en su interior ese amor y compromiso siempre estará satisfecho pese a la dificultades que implica su labor y que su satisfacción y recompensa espiritual serán tan o más grande que el tamaño de las dificultades que enfrenta. Esta respuesta es falsa porque no estamos hablando de compromiso, si estamos pensando

al magisterio como una forma de vida, entonces lo más congruente es que cualquier modo de vida debe aspirar a ser sano, satisfactorio y suficiente en sentido material. Nadie en sano juicio afirmaría que hay profesiones cuya aspiración es convertirse en un modo de vida insano o insuficiente para vivir una vida digna. Como cualquier profesión la vocación sirve para elegir una carrera, pero no para ser mártir social. Y ese es un meta relato y una visión del profesor que se ha inculcado desde el porfiriato en nuestro país. Que el profesor con su capacidad y esfuerzo puede revertir todos los males sociales, y no sólo que puede, sino que debe. No es así.

Justo Sierra ponderaba que los maestros tenían la misión educadora que los ponía moralmente por encima de todos cuanto prestan como ciudadanos servicios a la patria exceptuando a los encargados del honor y el territorio nacional. Consentía, sin embargo, en que la situación del maestro era precaria, porque normalmente se les ignoraba y materialmente se les olvidaba (Bazant, 2006: 29-30).

No hay falta de voluntad del magisterio, cuántos profesores en México usan su propio equipo de cómputo. El esperar que un equipo docente incida en una comunidad donde la educación formal no es el proyecto de vida que las familias tienen para sus hijos, o donde estos van obligados y sus modelos de vida están alejados de aquellos que se logran con una profesión es un tanto ilusorio. Las familias saben que el bienestar económico no va de la mano de la educación formal.

Podemos decir que la base de la educación actual se gestó en esos años, que van de 1876 a 1910. Se introdujo la pedagogía moderna, se crearon y multiplicaron las escuelas normales, se ofrecieron carreras técnicas a los obreros y la educación superior alcanzó una época de oro. Sin embargo, la obtención de un título no garantizaba mejores sueldos ni mayores oportunidades (Bazant, 2006: 2).

La labor docente es limitada por factores que le son ajenos, la disciplina en las aulas es cada vez más difícil de lograr mientras se siga enflacando la autoridad del profesor.

Espacio para disciplinar no significa herir o atentar contra la dignidad de los alumnos, sino formar, y sobre todo, el poder impartir clase en un verdadero clima escolar. Paradójicamente mientras se romantiza la imagen del profesor, también se desdibuja su dignidad en los medios de comunicación, ante todo conflicto, el profesor es quien será puesto en tela de juicio por las familias, las autoridades y los alumnos, como si se tratase del elemento que siempre falla, y no es así. Nuestro papel tiene que volver a ser el de un profesionalista en el que se confía, si la labor docente no es de confiar, ¿por qué ganamos un espacio de trabajo, quién nos puso ahí, quién nos validó y cómo logramos un título universitario? Si no merecemos estar ahí por nuestras capacidades y documentos que las abalan, entonces no es el profesor quien está mal, sino quien lo puso ahí.

Romantizar y exigir que demuestre su compromiso tolerando todo de tipo de actitudes; no es la solución a los problemas sociales.

La mayoría de los educadores del porfiriato pensaba que a través de la educación México se convertiría en un país moderno y democrático. La difusión de la instrucción pública bastaría para transformar el país en una nación más justa y progresista. La insistencia en que la educación primaria fuese obligatoria provenía de la idea de que la educación cambiaría actitudes, mentalidades y ocasionaría bienestar a través de la obtención de un trabajo digno. Hoy se sabe, como también lo supieron, Chavero, Bulnes y otros, que para crear una sociedad democrática y justa es indispensable que se produzcan otros cambios estructurales como el reparto de la tierra, la creación empleos, la salud pública, etcétera (Bazant, 2006:21).

No es cierto que donde hay docente y alumno hay enseñanza, esta es una labor que necesita la interacción de muchos aspectos. No quiero ahondar en situaciones como las limitantes sistemáticas para una sana disciplina, la inasistencia prolongada de alumnos cuyas familias y ellos mismos piensan que la escuela es como un compromiso mínimo o un requisito social a cumplir pero cuya premura por participar en

labores remuneradas es más importante. “Al término de las diferentes carreras, los egresados no obtenían mayores sueldos ni tenían mejores oportunidades. Se daba preferencia al competidor extranjero que ofrecía los mismos servicios a precios más altos. El régimen estuvo ciego ante las necesidades de sus propios profesionistas ‘(...)’” (Bazant, 2006: 19).

Al pensar críticamente sobre el magisterio como forma de vida, se cancela ese imaginario romántico del profesor llegando en un burrito a la escuela, cuya aula es una mesita bajo un árbol. Esta romantización no es buena para la educación, es tiempo de ser objetivos para diagnosticar la situación educativa del país y partir de bases empíricas sobre lo educativo. “En suma, el ministro Sierra reconocía que la educación nacional estaba muy atrasada y les pedía a los maestros salvarla. (...) Rodolfo Menéndez contestó (...) Desde elluego, había todavía ‘un abrumador por ciento de analfabetas’, pero con el patriotismo de los maestros se podría regenerar la patria” (Bazant, 2006: 32).

En México hay una tendencia desmedida y añeja a tomar acción con base en un “deber ser”, pero ignorando toda construcción empírica de datos que sustenten esa decisión, los datos casi siempre son meras excusas presupuestarias en una país con una lamentable y altísima burocratización. ¿Cuándo podremos modificar esquemas partiendo de una análisis científico de la realidad y no las conveniencias partidocráticas, nepóticas o venidas de proyectos de vida que se vuelven decisiones institucionales?

Por ejemplo, fue tabú durante la pandemia provocada por el covid el pensar o decir que había alumnos, que sabiendo que obtendrían una nota aprobatoria por *default*, no se conectaban a clases, ni entregaban trabajos porque así fue su voluntad- el no hacerlo-, se adjudicaba toda ausencia de trabajos y conexiones a clases diciendo que la falta de acceso a internet y recursos económicos les impedían sostener sus actividades de aprendizaje. Al negarse siquiera a preguntarse si una cantidad dada de alumnos y familias, simplemente dejaron de presentarse digitalmente o de trabajar actividad escolar alguna lo hicieron por plena voluntad, a sabiendas de que era imposible reprobar, se negaron también a atender o a reconocer un problema nacional: la poca valoración social hacia la educación básica y media superior.

Varones y mujeres debían ir a la escuela de los 6 a los 12 años de edad y se impondría multas a todas las personas responsables de que no se cumpliera este precepto. Si el gobierno hubiera hecho efectiva la aplicación de este artículo hubiera tenido que multar a más de la mitad de los padres o tutores (Bazant, 2006: 20).

Y no se trabajó en ver la realidad, como siempre; se instó a los profesores a una labor extra, incluso a ir a los domicilios a buscar a las familias. Si no podemos reconocer la realidad, lo educativo seguirá sin mejorar. Por eso afirmo que con el deber ser no basta. “Por desgracia el abismo que hay entre la palabra escrita y la práctica es enorme” (Bazant, 2006: 15). Tampoco es cierto el truco consabido de que ejercer el pensamiento crítico respecto a la labor docente es lo mismo que poner a los profesores a hacer sus inventarios morales, a culparse humildemente de todos los huecos cognitivos, emocionales y económicos con los que llegan 40 o más de 100 alumnos que atienden cada semana. Ejercer el pensamiento crítico, es primeramente reconocer y desmontar las expectativas no lógicas ni congruentes.

Toda labor docente tiene beneficios, y también como en cualquier actividad humana hay malas prácticas, ideas erróneas, situaciones que hay reconocer y corregir si se espera mejorar. ¿Cómo se puede mejorar algo que no es visto en su realidad? La realidad educativa del país no la compone únicamente el docente, no es el único que tiene que reconocer sus malas prácticas, estas se pueden presentar en cualquier agente, nivel o ámbito educativo y no debe ser tabú el abordarlo, ni debe ser objeto de castigo u ostracismo.

En segundo lugar, toda profesión u ocupación tiene un mínimo de condiciones para que sea bien ejecutada y exitosa, hay que hablar de las condiciones reales para que estas puedan intervenir. “En 1906 Ricardo García Granados, al analizar la Constitución del 57, sostenía que el error de los legisladores mexicanos estaba en considerar las cosas no como son, sino como deberían ser a su juicio, es decir, se basaban en una realidad idealizada” (Bazant, 2006:13 ).

En México ciertas creencias e idealizaciones son como comunes acuerdos que muchos ven conveniente creérselos sin



discutirlos, no son tema, y cuando alguien los aborda o cuestiona, los demás se hacen como si no escucharan, esa es una muestra del verdadero nivel intelectual de un pueblo, no sus grados académicos o sus publicaciones, sino la capacidad para cuestionar y debatir más allá de los inconscientes colectivos y del terror a los temas tabú. Este enmascaramiento de la realidad es muy añejo en nuestro país.

Quando Porfirio Díaz llegó a ser presidente de México, proclamó al país como una nación civilizada, progresista y moderna, evidentemente era una idea que requería muchas mejoras educativas, sociales y culturales, a continuación revisaremos alguna de esas ideas. Para iniciar debemos exponer que las ideas de un país moderno no coincidían con la realidad del país (...) (Sacnité, 2020: 3).

Sabemos bien que Porfirio sintió una predilección por la cultura francesa y que sus últimos días los vivió en esa nación. Encanto que el presidente nunca negó y que dejó su impronta en México, impronta que aún se nota no sólo en la arquitectura de algunas colonias de las principales ciudades mexicanas, sino en la cultura culinaria, en la lengua y otras manifestaciones. Él quería ver en México manifestaciones de la alta cultura europea, sin embargo, fue una cuestión que lo llevó a idealizar el país, en vez de ver su cruda realidad como un país desigual, con alto grado de analfabetismo y otros problemas que nos persiguen hoy día. Esta tendencia de negar la realidad desde un deber ser sigue presente.

¿Cuál sería entonces el papel del profesorado en México si negamos categóricamente que es quien va a rescatar al país de las penosas situaciones? Primeramente pienso que debería tener una parte más activa, no me refiero a que tenga más trabajo, sino que la experiencia, los saberes científicos y empíricos de los profesores, realmente tengan peso en las reformas, y que no sólo se tomen en cuenta mediante consultas totalmente dirigidas y acotadas de antemano. Es decir que los profesores de base de todos los niveles participen en los debates y su palabra sea considerada sin fingimientos.

Por ejemplo, muchas de las recomendaciones surgidas en el debate actual, o bien ignoran el papel que desempeñan

los profesores en la formación de los estudiantes como ciudadanos críticos y activos, o bien sugieren reformas que no tienen en cuenta la inteligencia, el punto de vista y la experiencia que puedan aportar los profesores al debate en cuestión (Giroux, 1997: 2).

Es cierto que parte del currículo académico de la educación básica permite que los profesores elijan materiales, diseñen sus actividades, pero los temas están cada vez más ceñidos a habilidades blandas, repletos de ideología y ausentes de perspectivas científicas, carentes de exigencia intelectual, difusos. En todo caso, los principales rectores de nuestra educación vienen desde arriba y no se pueden eludir.

Allí donde los profesores entran de hecho en el debate, son objeto de reformas educativas que los reducen a la categoría de técnicos superiores encargados de llevar a cabo dictámenes y objetivos decididos por expertos totalmente ajenos a las realidades cotidianas de la vida del aula. El mensaje implícito en esta práctica parece ser el de que los profesores no cuentan cuando se trata de examinar críticamente la naturaleza y el proceso de la reforma educativa (Giroux, 1997: 3).

La construcción pedagógica que el profesorado va haciendo a lo largo de su carrera, se va adaptando y diluyendo frente a las normativas preponderantes que casi siempre van disminuyendo su poder de acción. Las reformas aquí nunca maduran porque están atadas a políticas no educativas, están hechas por no educadores-investigadores, y las caducan muy pronto para saber si funcionaron. Ninguna de las últimas ha formado una generación completa desde educación básica a educación superior, entonces realmente de ninguna se sabe si funcionan o para qué funcionan, con qué objetivos reales se trazan.

Además, este reconocimiento deberá luchar a brazo partido no sólo con la pérdida creciente de poder entre los profesores en lo que se refiere a las condiciones básicas de su trabajo, sino

también con una percepción pública cambiante de su papel como profesionales de la reflexión (Giroux, 1997: 3).

¿Qué constriñe la labor del profesorado entonces?, ¿es una cruzada sistemática contra su labor? Creo que depende de varios factores históricos, económicos, internacionales, no me opongo a la idea de que la precarización del profesorado sea una consecuencia y no un objetivo, sin embargo, es hora de reflexionar y dar poder nuevamente al docente para que pueda desplegar al máximo su capacidad como agente social de cambio y construcción de ciudadanía.

En primer lugar, opino que es necesario examinar las fuerzas ideológicas y materiales que han contribuido a lo que podríamos llamar la proletarización del trabajo del profesor, es decir, la tendencia a reducir a los profesores a la categoría de técnicos especializados dentro de la burocracia escolar, con la consiguiente función de gestionar y cumplimentar programas curriculares en lugar de desarrollar o asimilar críticamente los currículos para ajustarse a preocupaciones pedagógicas específicas (Giroux, 1997: 4).

En muchos países hay ideologías contrarias a la formación y la alta cultura, entiendo esta como el saber y el interés por saber cómo funciona el mundo natural y social, más allá del empoderamiento de ideologías y estilos de vida superfluos, clientelares, delirantes. Esto hace que el papel de la educación sea meramente instrumental, cuyo valor como elemento de construcción social es mínimo. Giroux habla acerca de que vivimos en una constante devaluación y deshabilitación del trabajo de profesor.

Bajo esta orientación de la formación de los profesores se esconde una metáfora de «producción», una visión de la enseñanza como una «ciencia aplicada» y una visión del profesor como, ante todo, un «ejecutor» de las leyes y principios del aprendizaje efectivo. Los futuros profesores tal vez avancen a través del currículum a su propio ritmo y tal vez tomen parte en actividades de aprendizaje variadas o estandarizadas, pero, en todo caso, lo que tienen que

dominar es de un alcance limitado (por ejemplo, un cuerpo de conocimientos de contenido profesional y las habilidades de enseñanza) y está plenamente determinado de antemano por otros, a menudo basándose en la investigación sobre la efectividad de los enseñantes. El futuro profesor es contemplado ante todo como un receptor pasivo de este conocimiento profesional y apenas interviene en la determinación de la sustancia y orientación de su programa de preparación (Zeichner, 1983: 34).

Tal como indica Zeichner, no se trata de ritmo de enseñanza, de materiales, de situaciones didácticas, sino de la sustancia de la educación, en eso precisamente hay poco margen de intervención. El profesor se ha vuelto un gestor del conocimiento y sobre todo de ciertas ideologías, más que un constructor de su propio conocimiento, y con coadyuvante en la construcción del conocimiento y el desarrollo del alumno.

El método y el objetivo de estos materiales es legitimar lo que yo suelo llamar pedagogías basadas en la gestión. Es decir, el conocimiento se fracciona en partes discontinuas, se estandariza para facilitar su gestión y consumo, y se mide a través de formas predefinidas de evaluación. Los enfoques curriculares de este tipo constituyen pedagogías de gestión porque las cuestiones centrales referentes al aprendizaje se reducen a un problema de gestión, que podríamos enunciar así: «¿Cómo asignar los recursos (profesores, estudiantes y materiales) para conseguir que se gradúe el mayor número posible de estudiantes dentro de un espacio de tiempo determinado?» (Giroux, 1997: 23).

Parafraseando a Giroux podemos decir que la vida escolar se organiza en torno a expertos en currículos, en instrucción y en evaluación, los cuales toman decisiones e imaginan formas de responder que deben tener los profesores ante situaciones áulicas y/o didácticas pensando en que estas formas de responder sean normativamente correctas aunque pedagógicamente no den resultado. Los profesores entonces, siguiendo la idea de Giroux son ejecutores de esos pensamientos, que mes con mes

se ven reforzados en reuniones. “El efecto es que no sólo se descalifica a los profesores y se les aparta de los procesos de deliberación y reflexión, sino que, además, la naturaleza del aprendizaje y la pedagogía del aula se convierten en procesos rutinarios” (Giroux, 1997: 24).

El papel del profesor como un intelectual que beneficia a la sociedad tal como plantean Giroux, Freire y otros parece difícil de concretarse, tanto más cuanto que en la realidad muchos profesores sin saberlo siquiera contribuyen en la producción y legitimación de diversos intereses políticos, económicos y sociales a través de las pedagogías que ellos mismos aprueban y utilizan. En demasiadas ocasiones los profesores no son conscientes de esto porque su formación no es completa y se asemeja más a la de instructores o institutrices que a la de investigadores y agentes educativos. “(...)a los profesores como algo más que «ejecutores profesionalmente equipados para hacer realidad efectiva cualquiera de las metas que se les señale. Más bien [deberían] contemplarse como hombres y mujeres libres con una especial dedicación a los valores de la inteligencia y al encarecimiento de la capacidad crítica de los jóvenes»” (Giroux, 1997: 30).

La situación laboral de los profesores en México es cada vez más precaria, mientras crecen los profesores por asignatura, a tiempos parciales; y esto implica sin duda alguna que menos posibilidad tienen de obtener un nivel económico digno y menos posibilidad tienen también de integrarse completamente a sus comunidades educativas. Parece que hay una pulverización de las plazas y en un futuro no muy lejano serán inexistentes las plazas de tiempo completo. La mayoría de las personas que trabajan en el ámbito educativo se ven forzados a realizar otras actividades económicas para completar el gasto mensual. Su involucramiento en la configuración de los objetivos y las condiciones de la enseñanza escolar les cuesta horas sangre. “Semejante tarea resulta imposible dentro de una división del trabajo en la que los profesores tienen escasa influencia sobre las condiciones ideológicas y económicas de su trabajo” (Giroux, 1997: 35).

Las escuelas y las condiciones profesoriales están muy ligados a temas económicos, culturales y sociales inseparablemente ligados a los temas del poder y el control; y eso es algo que todavía es tabú

no dentro de la investigación educativa, sino dentro de las mismas instituciones educativas en Latinoamérica. “Más que instituciones objetivas alejadas de la dinámica de la política y el poder, las escuelas son de hecho esferas debatidas que encarnan y expresan una cierta lucha sobre qué formas de autoridad, tipos de conocimiento, regulación moral e interpretaciones del pasado y del futuro deberían ser legitimadas y transmitidas a los estudiantes” (Giroux, 1997: 11).

El magisterio como forma de vida debe entonces reconfigurarse, no desde la imaginación normativa que nos seduce a describir un deber ser que sirva para complacer, adular y finalmente autoengañar, sino a través de las experiencias positivas y negativas de quienes desempeñamos esta profesión. A través también de análisis científicos exhaustivos de la realidad institucional y educativa de nuestro país, de una crítica sistemática, pero sobre todo honesta y no amañada sobre las instituciones educativas. Si es forma de vida ¿qué es realmente lo que se vive día a día en las rutinas de la labor docente?, ¿cómo sortean toda clase de impedimentos y a qué riesgos económicos, emocionales, legales y físicos están expuestos los profesores? Hay también un cúmulo de experiencias exitosas en panoramas complicados y hay satisfacciones diarias en esta labor, sobre ellas hay mucho, pero también hace falta no cerrar los ojos antes situaciones complicadas que se viven, para tener un panorama completo, real y sobre todo honesto del magisterio como forma de vida.

## Bibliografía

- Bazant, Mílada. (2006). *Historia de la Educación durante el Porfiriato*. Ciudad de México: El Colegio de México.
- Giroux, H. (1997). *Los profesores como intelectuales*. Barcelona: Paidós.
- Sacnité, P. (2020) *Historia de la Educación en México. Época del Porfirismo*: UMOV Academy.
- Santibáñez, Lucrecia M. ¿Están mal pagados los maestros en México? Estimado de los salarios relativos del magisterio en *Revista Latinoamericana de Estudios Educativos* (México), vol. XXXII, núm. 2, 2º trimestre, 2002, pp. 9-41 Centro de Estudios Educativos, A.C. Distrito Federal, México.